

Marxismo y religión sin dogmas

Jorge Jesús García
Ángulo

Quizás no exista una frase de Marx, sacada intencionalmente del contexto en que la planteó, que haya sido más explotada por una gama mayor de fanáticos intolerantes: unos con la pretensión de estar defendiendo la posición del pensador alemán, otros encarneciéndolo por pretendidos irrespetuosos cargos. La frase a que nos referimos es: «La religión es el opio del pueblo».

Profundicemos en el referido contexto teórico en el cual se planteó: la introducción al trabajo «Crítica del derecho político hegeliano», e intentemos abordar, sin dogmas ni prejuicios de una u otra parte, y de modo sintético, el análisis del fenómeno social conocido como religión.

En la referida obra plantea Marx: «El fundamento de la crítica irreligiosa es: el hombre hace la religión; la religión es la conciencia de sí mismo del hombre que se ha encontrado o que ya ha vuelto a perderse. Pero el hombre no es un ser abstracto, agazapado fuera del mundo. El hombre es el mundo de los hombres, el Estado, la sociedad. Este estado, esta sociedad producen la religión». ¹

Esta reflexión tiene en cuenta las ideas del mentor del materialismo filosófico en los jóvenes Marx y Engels, el también filósofo alemán Ludwig Feuerbach (1804 -1872), quien afirmaba que «la religión es la escisión del hombre consigo mismo», «la discordia entre el hombre y su propia esencia», por eso la reconciliación y la unidad con Dios no es otra cosa que consigo mismo. Y concluía: «no podemos pensar en Dios de otra manera que atribuyéndole todo lo que encontramos de real en nosotros mismos, sin ninguna clase de límites», «la medida de tu Dios es la medida de tu inteligencia.»²

Marx se percató de las limitaciones metafísicas de su maestro a la hora de representarse al hombre como un ser abstracto, es decir, como un ser en general, e histórica específica. Este juicio lo esclarece en sus conocidas Tesis sobre Feuerbach, donde aclara: «el individuo humano es en esencia el conjunto de sus relaciones sociales».³ O sea, resultado y expresión de la sociedad que lo formó, de la cultura a la que pertenece. Por esta razón el universo de sus ideas está constituido por los

¹ Carlos Marx: *Crítica al derecho político hegeliano*, p. 13, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1976.

² Ludwig Feuerbach: *La esencia del cristianismo*, p. 75, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1976.

³ Carlos Marx: «Tesis sobre Feuerbach», *Obras Escogidas* en tres tomos, t. 3, p. 8.

límites de la herencia cultural asimilada, que expresa, entre otras cosas, las exigencias e intereses de las clases sociales que en ese momento histórico poseen la hegemonía en la producción intelectual, y divulgan, como únicamente válidas, sus propias concepciones acerca de la realidad natural y de esta referida sociedad. Situación que genera el fenómeno social denominado por Marx «falsa conciencia necesaria de la sociedad»; es decir, la conciencia de la clase dominante como conciencia general de la sociedad.

La comprensión socio-histórica del individuo humano lleva a Marx a concluir que «la religión ... es la realización fantástica de la esencia humana, porque la esencia humana carece de realidad verdadera». Es decir, el elemento fundamental que determina las manifestaciones humanas en el individuo debe buscarse ante todo en las condiciones sociales en que transcurre su vida. Su esencia existe fuera de él, en el conjunto de las condiciones sociales que lo determinan, por lo que la expresión fantástica de la esencia humana verdadera refleja ante todo no al individuo «desde adentro», sino las particularidades de la espiritualidad de una determinada cultura: sus ilusiones, prejuicios, creencias y aspiraciones.

En el referido trabajo, continúa Marx: «La lucha contra la religión es, por lo tanto, en forma mediata, la lucha contra el otro mundo, del cual la religión es el aroma espiritual». O sea, la lucha contra la religión es, de forma mediata, la lucha contra el mundo real que ella refleja de forma fantástica. Esta idea la enfatiza en el párrafo de donde se extrajo la frase que es objeto principal de nuestro análisis: «El sufrimiento religioso es, por una parte, la expresión del sufrimiento real y, por la otra, la protesta contra el sufrimiento real. La religión es el suspiro de la criatura oprimida, el corazón de un mundo sin corazón, así como es el espíritu de una situación carente de espíritu. Es el opio del pueblo.»

Marx aclara que la religión no es causa, sino reflejo y consecuencia de un mundo real que genera sufrimientos y falta de espiritualidad. Este reflejo fantástico constituye en sí una solución ilusorio-compensatoria de los males de esta realidad, hostil al ser humano. Como vemos, la referida expresión no contiene un tratamiento peyorativo respecto a la religión ni a sus creyentes, como algunos de uno y otro bando pretenden hacer creer.

En el párrafo siguiente expresa Marx: «La abolición de la religión en cuanto dicha ilusoria del pueblo es necesaria para su dicha real. La exigencia de abandonar sus ilusiones sobre su situación es la exigencia de que se abandone una situación que necesita de ilusiones. La crítica de la religión es, por tanto, en embrión, la crítica del valle de lágrimas que la religión rodea de un halo de santidad.»

Observamos, en primer lugar, que Marx se refiere a una religión que justifica y santifica las calamidades e injusticias de que padece el pueblo, que predica el conformismo y la resignación como la única solución posible a esta situación: la religión al servicio de los intereses políticos de los explotadores que él conoció. Desde esta perspectiva política es que escribe: «La crítica de la religión desengaña al hombre para que piense, para que actúe y modele su realidad como un hombre desengañado y que ha entrado en razón, para que gire en torno a sí mismo y por tanto en torno a su sol real.»

El reencuentro del hombre consigo mismo, con su esencia –según Feuerbach– se conseguía con la eliminación de la religión. Para Marx, sin embargo, esto no sólo era insuficiente, sino secundario respecto de la solución de los antagonismos sociales que constituyen las causas reales que engendran el sentimien-

to religioso como solución social. Así en sus referidas Tesis, señala: «Feuerbach arranca de la autoenajenación religiosa, del desdoblamiento del mundo en un mundo religioso, imaginario, y otro real. Su cometido consiste en disolver el mundo religioso, reduciéndolo a su base terrenal. No advierte que, después de realizada esta labor, queda por hacer lo principal. En efecto, que la base terrenal se separe de sí misma y se plasme en las nubes como reino independiente, solo puede explicarse por el propio desgarramiento y la contradicción de esa base terrenal consigo misma. Por tanto, lo primero que hay que hacer es comprender ésta en su contradicción. Por consiguiente, después de descubrir, v. gr., en la familia terrenal el secreto de la sagrada familia, hay que criticar teóricamente y revolucionar prácticamente a aquella»

Al ser el sufrimiento religioso en gran parte expresión de los antagonismos sociales «la crítica del cielo se convierte en la crítica de la tierra, la crítica de la religión en la crítica del derecho y la crítica de la teología en la crítica de la política». Y la solución de esta problemática se ubica en el campo de la praxis política revolucionaria.

El héroe nacional cubano, José Martí, quién no era precisamente una persona contraria a la religión, también se percató del carácter socio-histórico concreto de las diferentes expresiones religiosas; al respecto escribió:

«Cada pueblo, un cielo diferente.

»Son los hombres los que inventaron a los dioses a su semejanza, y cada pueblo imagina un cielo diferente, con divinidades que viven y piensan lo mismo que el pueblo que las ha creado.

»Siempre fue el cielo copia de los hombres, y se pobló de imágenes serenas, regocijadas o vengativas, conforme viviesen en paz, en gozos los sentidos, o en esclavitud y tormento, las naciones que los crearon.

»Cada sacudida en la historia de un pueblo altera su Olimpo».⁴

La religión como fenómeno cultural está sujeta a las mismas determinaciones objetivas que el resto de las formas de la práctica histórico-social y de la espiritualidad humana. Su génesis tiene lugar en las representaciones del salvaje de la realidad, del lugar que en ella ocupa y de las potencialidades de influencia y transformación que él posee en esta interacción. La magia, el animismo, el totemismo, los mitos y leyendas de los pueblos antiguos son momentos y expresión de estas representaciones condicionadas no sólo por las particularidades y necesidades de la vida material de estas comunidades humanas, sino también por el desarrollo de sus conocimientos y posibilidades de abstracción. La religión ha constituido un componente significativo de la identidad cultural de los pueblos.

Como cualquier otro componente significativo de una cultura espiritual determinada, los individuos que pertenecen a esa colectividad no pueden elegir libremente una u otra manifestación religiosa, pues son educados, o lo que es lo mismo, son sometidos, de una u otra forma, a la aceptación de las ideas religiosas que imperan en esa comunidad. No olvidemos que las ideas jerarquizadas y difundidas en la sociedad, sean las que fuesen, poseen un carácter objetivo y se imponen de modo coercitivo a sus miembros.

E. Durkheim (1858-1917), uno de los fundadores de la sociología contemporánea, explicó con sencillez este fenómeno al plantear: «cuando desempeño mi

⁴ José Martí: *Obras Completas*, t. 21, p. 426.

tarea de hermano, esposo o de ciudadano, cuando ejecuto los compromisos que he contraído, cumplo con los deberes que están definidos fuera de mí y de mis actos, en el derecho y en las costumbres. Aunque siento interiormente su realidad, esta no deja de ser objetiva; pues no soy yo quién los ha hecho, sino que los he recibido por la educación» ... «Estos tipos de conducta no solo son exteriores al individuo, sino que están dotados de un poder imperativo y coercitivo en virtud del cual se imponen a él, lo quiera o no. Sin duda, cuando me conformo a ellos por mi entera voluntad, como la coerción es inútil, no se hace sentir, o se hace sentir muy poco»...«la prueba está en que se afirma cuando trato de resistir»... Estas ideas de Durkheim ratifican la citada sentencia de Marx acerca de que «el hombre es el mundo de los hombres». Y aún en su mundo interior, por mucha libertad que en él, considere ejercer, también este «espacio muy privado» está ante todo determinado por las condiciones sociales de su vida real.

Esta determinación socio-histórica de la religión explica en buena medida por qué el cristianismo y las distintas religiones indígenas y africanas que forman parte de nuestras raíces culturales, poseen tanta influencia en el Nuevo Mundo; no siendo así con otras religiones como el budismo, el islamismo, el hinduismo, etcétera, seguidas por cientos de millones de personas en otras latitudes geográficas.

La religión no sólo ha constituido un elemento significativo de la cultura, sino también ha sido insustituible e indispensable. Al respecto José Martí llegó a plantear: «Hay en el hombre un conocimiento íntimo, vago, pero constante e imponente, de un gran ser creador: Este conocimiento es el sentimiento religioso, y su forma, su expresión, la manera con que cada agrupación de hombres concibe este Dios y lo adora, es lo que se llama religión. Por eso, en lo antiguo, hubo tantas religiones como pueblos originales hubo; pero ni un solo pueblo dejó de sentir a Dios y tributarle culto. La religión está, pues, en la esencia de nuestra naturaleza. Aunque las formas varíen, el gran sentimiento de amor, de firme creencia y de respeto, es siempre el mismo. Dios existe y se le adora.»⁵

¿Por qué ocurre esto?, ¿Qué especificidad posee la religión que se ha convertido históricamente en un insustituible elemento de la cultura de los pueblos? ¿Qué funciones tan importantes cumple en la dinámica social?

La religión en general constituye un fenómeno de la vida superestructural de la sociedad de naturaleza compleja. Contiene, en primer lugar, elementos de conciencia: la conciencia religiosa, un elemento institucional: la iglesia y la práctica religiosa: el culto religioso.

La conciencia religiosa se distingue de otras formas de reflejo de la realidad por la fe en lo sobrenatural, entendiéndose como fe la convicción en la veracidad de una información que no ha sido confirmada por la práctica humana, científica o no.

El hombre no puede vivir sin fe, sin creencias. La fe crea en el individuo una sensación de conocimiento, control y dominio de un amplio conjunto de fenómenos de la realidad natural y social con la cual interactúa; fenómenos que, por el carácter autónomo, cambiante y objetivo que poseen, no pueden en realidad ser conocidos *a priori* en su comportamiento o dominar. Al asumir como convicción que su representación de la realidad es correcta, desarrolla sin temor su práctica con el fin de alcanzar sus objetivos o metas. La fe es consustancial al hombre, al modo en que planifica y realiza su vida, tanto social como individual; con ella

⁵ *Ibidem*, t. 19, p. 391.

fundamenta sus convicciones e ideales, su dignidad y autoestima. Con ella crea y conduce el modelo de sí mismo, el sentido, el proyecto y el estilo de vida.

La fe en lo sobrenatural consiste en la creencia de que objetos naturales poseen poderes sobrenaturales (amuletos, talismanes, etcétera); que fenómenos naturales poseen poderes sobrenaturales (el sol, la lluvia, etcétera); que existen seres sobrenaturales (dioses, diablos, etcétera); y, por último, que existen fenómenos sobrenaturales (milagros).

La fe religiosa facilita, con su sistema de ideas, llenar el universo de la fe en general. A ello contribuye el hecho de que la fe no se apoya en los conocimientos, sino en la esfera de las representaciones, emociones, instintos, deseos, temores, aspiraciones, etcétera. Precisamente la zona de la espiritualidad individual donde habita la religiosidad: —el sentimiento religioso «se siente»—, constituye una realidad tangible, una vívida experiencia en la subjetividad del religioso.

La Iglesia, como cualquier otra institución social, sirve generalmente a los intereses del Estado. La iglesia constituye un poder social real, objetivo, defiende unos u otros proyectos socio-políticos. A lo largo de la historia ha dado muestras inequívocas de su servicio a las fuerzas más retrógradas, represivas y explotadoras, sin embargo la iglesia no puede ser considerada siempre como sinónimo de conservadurismo o postura contrarrevolucionaria, sobre todo cuando algunos sectores de esta institución se identifican con el pueblo, y hacen de la actividad político-revolucionaria un acto trascendental de justicia y de amor por el prójimo.

El culto pone de relieve la creencia no sólo en la existencia de lo sobrenatural sino también en que el hombre tiene acceso, actuando prácticamente, de algún modo conveniente, al control de estas fuerzas para que actúen en su beneficio. Es dirigido por una persona «calificada»: apóstoles, profetas, sacerdotes, elegidos, iniciados, médium, etcétera, que generalmente organizan una manifestación colectiva de sumisión y adoración a estas fuerzas.

Este diverso proceder de invocación, adoración y gratitud, colectivas o individuales, que va desde los sacrificios humanos a toda suerte de ingeniosas formas para atraerse las supuestas simpatías y apoyo de lo sobrenatural, no puede ser objeto de una valoración moral o política generalizadora, la cual dependería de las peculiaridades de cada caso concreto. Valoración que hasta en las formas más cruentas sería difícil de realizar, porque el juicio moral de las acciones humanas debe tener en cuenta, ante todo, la intención que las guía. Y, en algunos de estos sangrientos cultos, hasta las personas que asisten a su propio sacrificio, en ocasiones lo hacen con satisfacción y orgullo. Esta insólita postura pone de relieve, una vez más, que los males mayores que ha padecido y padece la humanidad no son las enfermedades y las guerras, sino la ignorancia, el fanatismo y la intolerancia.

La religión, como parte de la cultura, cumple una serie de funciones sociales de gran utilidad, en primer lugar, una función cognoscitiva, metodológica y cosmovisiva ofrece una explicación general del mundo y de su comportamiento. Satisface la necesidad teórica, la necesidad humana de conocimiento. La visión fantástica del mundo suple los complejos y siempre insuficientes conocimientos científicos que se deben poseer para conocer la causa real de los fenómenos. El hombre común tiene acceso a una explicación muy fácil, conveniente, y generalmente agradable del mundo que le rodea, así como a supuestos métodos para dominar o tener bajo control lo natural, lo sobrenatural y lo imponderable, y en segundo lugar, la religión cumple una función normativa de la conducta de los

individuos; es decir, moral. Es creencia muy antigua que la religión ofrece una garantía a los valores morales del hombre, entendiéndose por estos los que presiden el orden de la vida asociada. Esta es la tarea fundamental que Platón atribuía a la religión: «La divinidad que según la tradición rige el principio, el fin y el curso de todos los seres, procede según la naturaleza en su marcha circular y siempre tiene en ella la justicia punitiva para los que han abandonado la ley divina.»

En el mundo moderno Kant defendió estos criterios al considerar que «la religión, desde el punto de vista subjetivo, es el conocimiento de todos nuestros deberes como mandatos divinos.»

La religión plantea una serie de obligaciones relativas a la conducta que deben seguir sus fieles; normas que contribuyen a regular la vida de estos individuos. Y pueden o no favorecer la creación de hábitos adecuados de vida y comportamiento social que propicien un aumento de su bienestar físico y psíquico.

En tercer lugar, la religión juega una función ideológico-clasista. Ya habíamos advertido que la iglesia, como institución, siempre se identifica con uno u otro proyecto político, generalmente se subordina al régimen establecido y se pone a su servicio. Los postulados que sirven de base a la teología son interpretados en correspondencia con los intereses políticos y las actitudes sociales asumidas por los teólogos, sobre todo frente al progreso social.

Cuando la Iglesia utiliza la religión para aplastar la iniciativa política de las masas, a las que le ofrece el reino de ultratumba a cambio del sometimiento a un régimen despótico y explotador las engaña, las adormece. Es en este sentido que la religión puede convertirse en una especie de droga que degrada a los pueblos y los convierte en una masa de seres despersonalizados y despreciables, que puede jugar el papel de «opio de los pueblos». Otra es la realidad cuando el teólogo asume la perspectiva de las masas populares y concibe la revolución, al decir de Camilo Torres, como la caridad eficaz, como una tarea cristiana y sacerdotal que tiene como fin el establecimiento de una sociedad fraterna y de justicia social, donde se institucionalice el amor al prójimo y no la lucha salvaje de todos contra todos.

El verso radiante de patriotismo de José Martí recogió esta problemática de la religión como alternativa de la revolución cuando planteó:

*Harto tiempo la patria con menguado
Llanto y gemidos importuna al cielo:
¡Desnude al fin la espada vengadora!
¡Encienda ya la fulminante tea!
Cuando hay un brazo que al combate guíe
Es pueblo infame el que cautivo llora.
¡A luchar! ¡A luchar! ¡Que allá en el monte
El Dios de la esperanza nos sonríe!*

.....
*¡Para morir luchando nunca es tarde!
¡Morir! ¡La patria gime!
¡Morir! ¡La patria nuestro esfuerzo clama!
¡Si un torrente de llanto nos infama,
Una gota de sangre nos redime!⁶*

⁶ *Ibidem*, t. 21, pp. 19-20.

Hemos dejado para el final la función psicológica que juega la religión, no por considerarla la menos importante, sino todo lo contrario, para dedicarle –con el permiso de los psicólogos– la mayor atención.

La humanidad opera con los conocimientos, ya sean estos empíricos u obtenidos con la ayuda de la ciencia, para transformar la realidad.

En la medida en que el individuo actúa teniendo en cuenta la necesidad objetiva, comprendida esta como el conjunto de las regularidades objetivas existentes en un fenómeno y de las condiciones que lo hacen posible, actúa con libertad; es decir, puede actuar correctamente y lograr los propósitos que persigue con su acción.

La realidad objetiva no depende de cómo se le imagine. Si no se actúa en correspondencia con ella, independientemente de las ideas o las intenciones que guíen estos actos, el individuo al actuar inadecuadamente fracasa. El resultado de su actividad es, en el mejor de los casos, inesperado o contrario a lo esperado. Puede llegar a producirse el fenómeno social conocido en el pensamiento marxista por enajenación humana, según el cual los productos humanos se independizan, adquieren autonomía al tener que someterse, como cualquier otro fenómeno objetivo, a la acción de la regularidad objetiva, y llegar a eliminar a su propio creador. Esto ocurre con todas las ideas equivocadas acerca de la realidad y no sólo con las ideas religiosas. En este siglo que termina algunas ideas marxistas que no se correspondían con la realidad corrieron también esta suerte.

Desde hace varias décadas constituye una verdad científica el hecho de que los estímulos psicosociales pueden afectar al organismo: «la corteza cerebral envía información a los circuitos hipotálamo-sistema límbico, los que a su vez estimulan a los sistemas endocrino y autónomo, así como cardiovascular, gastrointestinal e inmune, que proveen los mecanismos fisiológicos de respuesta a la estimulación psicosocial.»⁷

El sistema de ideas fantásticas acerca del mundo, que aporta la religión, interviene de una forma mucho más compleja en los resultados de la práctica humana que lo que podría considerar la burda suposición de que esta sólo constituye una versión «falsa», equivocada, o intencionalmente engañosa de reflejar la realidad. La religión puede jugar un singular papel como instrumento mediador entre el individuo y el mundo que le rodea, en el que algunos fenómenos o acontecimientos pueden resultarle incomprensibles o causarle daño, tanto físico como psíquico.

Existen religiones que lejos de amortiguar el choque entre el individuo y la realidad, sobre todo social, lo agudiza, al hacerle creer a sus fieles que la causa de su infelicidad o dolencias son debidas a una «acción mágica» realizada por otra persona, intencionalmente, en su contra, lo que provoca en el sujeto sentimientos de odio, rencor, deseos de venganza, etcétera y con ello sufrimiento y malestar que conducen al stress. Estas religiones misantrópicas, perturban emocionalmente y le ocasionan más perjuicios psicológicos que bien a sus seguidores.

Afortunadamente la mayor parte de las religiones basan sus creencias en el amor al prójimo, y no culpan a otros semejantes de los males propios, sino a una fuerza o voluntad trascendente de la cual siempre debe esperarse lo mejor, sobre

⁷ Miguel A. Álvarez González: *Stress. Un enfoque psiconeuroendocrino*, p. 29, Ed. Científico-Técnica, Ciudad de La Habana, 1986.

todo si el individuo reconoce su existencia, se pone «en contacto» con ella y se gana su favor mediante las acciones concretas que indican uno u otro culto.

La fe en la existencia de esta fuerza suprema, infalible y misericordiosa, creadora y determinante de toda la realidad y de su comportamiento, que puede prestarle una atención especial y específica a cada individuo concreto en dependencia de su actitud hacia esta fe, puede generar en las personas sentimientos de culpa o de estar castigado por alguna acción considerada por ella como censurable; pero también propicia en la mayoría de los creyentes, sentimientos de confianza y de voluntaria y «consciente» resignación ante los problemas existenciales que tiene que enfrentar y padecer.

Este sentimiento de «protección» que puede ofrecer la religión la convierte en la fórmula anti-stress⁸ más formidable que posee la cultura. Este pensamiento positivo ante las situaciones agresivas o «estresantes» del medio o ante cualquier otra experiencia individual desfavorable, puede propiciar, por sugestión, el bienestar psíquico y físico del creyente.

Es importante conocer que el impacto del estímulo «estresante» está determinado por el grado en que sea percibido o «refractado» por una persona como amenaza o reto, así como por la vulnerabilidad y la capacidad de adaptarse o enfrentarsele.

Una de las posiciones más importantes para el estudio del stress es la de Richard Lazarus, que trabaja los aspectos relacionados con su percepción por el individuo. Su enfoque se basa en el principio de que los efectos de los estímulos psicosociales sobre el organismo están determinados por la valoración que el individuo efectúa del estímulo; de esta forma, las actividades cognitivas (percepciones evaluativas, pensamientos e inferencias) son usadas por las personas para guiar e interpretar cada intercambio adaptativo con el ambiente. «Las reacciones hormonales y metabólicas que ocurren en el organismo al enfrentar el stress, son diferentes si puede disponer de estrategias para modelarlo o no. Esto es lo descrito en el llamado «enfoque bidimensional del stress» (Karasek, Russell, Theorell, 1982), que lo analiza en dos dimensiones diferentes: stress y control.»⁹

Se entiende por control la posibilidad de manipular por el sujeto, de manera consciente o inconsciente, las características medioambientales que interactúan con los estímulos «estresantes» —o su percepción— y de esta forma modular su efecto.

En ocasiones la religión puede convertirse, en un potente instrumento mediador psicológico individual de respuesta al stress por la forma peculiar de «refractar» los estímulos «estresantes» del medio. Función que puede ser reforzada por la posible influencia de la pequeña comunidad religiosa a que pertenece este individuo, la que reafirma su fe, y la que puede constituirse, al ofrecer protección, afecto y seguridad, en un sistema de respaldo social contra la respuesta de stress psicológico.

Lo ideal sería que todas las personas conocieran la realidad en profundidad, extensión, posibilidades de cambio, historia, etcétera, y ejercieran siempre y a

⁸ El stress es uno de los problemas de salud más importantes del hombre moderno. Con este término se caracteriza a las diversas y complejas alteraciones que sufre un organismo como respuesta a determinadas influencias del medio.

⁹ Miguel A. Álvarez González: *Stress...* Ob. cit., p. 17.

plenitud su libertad, incluso para comprender y poder soportar con toda «frialidad científica» los acontecimientos, siempre casuales pero necesarios, y en ocasiones sin una posible solución, que las afectan o pueden hacerlas sufrir. Pero esta posibilidad resulta imposible porque la realidad es eterna e infinita, y el género humano no dispone, quizás afortunadamente, de la facultad de la adivinación. Por otra parte, al poseer autoconciencia tiende a padecer lo que le resulte negativo, aunque sea imponderable.

La religión consiste, pues, en la enajenación y objetivación de la esencia humana, sea esta cual fuese; pero este tipo de enajenación posee la especificidad de que puede jugar, en el plano individual y en determinadas circunstancias, un papel subjetivo positivo para mejorar la calidad de vida del hombre.

Reconocer esta potencialidad de la fe religiosa no implica, sin embargo, desconocer que sólo la ciencia conduce al hombre, tanto en sus relaciones con la naturaleza, como en la dinámica social, al ejercicio de la libertad.